

«Más en las obras
que en las palabras»

Colección
«PRINCIPIO Y FUNDAMENTO»

-8-

James Martin, SJ

«Más en las obras que en las palabras»

Una guía ignaciana para (casi) todo

Título del original en inglés:
*The Jesuit Guide to (Almost) Everything:
A Spirituality for Real Life*

© 2010 by James Martin, SJ
Publicado por HarperOne,
an imprint of HarperCollins Publishers. New York

La traducción al español
se ha realizado con la mediación
de la Agencia Literaria Carmen Balcells, S.A.

Traducción:
Milagros Amado Mier

Diseño de cubierta:
María Pérez-Aguilera
www.mariaperezaguilera.es

© Editorial Sal Terrae
Polígono de Raos, Parcela 14-i
39600 Maliaño (Cantabria)
Apartado 77 – 39080 Santander
E-mail: salterrae@salterrae.es
www.salterrae.es
ISBN: 978-84-293-1928-6

© Ediciones Mensajero, S.A.U.
Sancho de Azeiteia, 2, Bilbao
Apartado 73 – 48080 Bilbao
E-mail: mensajero@mensajero.com
www.mensajero.com
ISBN: 978-84-271-3285-6

Reservados todos los derechos.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
almacenada o transmitida, total o parcialmente, por cualquier medio
o procedimiento técnico sin permiso expreso del editor.

Imprimatur:
✠ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander
15-03-2011

Depósito Legal:
Impreso en España. Printed in Spain

Impresión y encuadernación:
Grafo, S.A. Basauri (Vizcaya)

ÍNDICE

1. Un modo de proceder	
<i>¿Qué es la espiritualidad ignaciana?</i>	9
Cuatro modos	12
Una (muy breve) vida de Ignacio de Loyola	18
Los <i>Ejercicios Espirituales</i> y las <i>Constituciones</i>	25
Cartas, actividades, santos, reglas vivientes y expertos	29
El camino de Ignacio	31
2. Los seis caminos	
<i>Espiritual, religioso, espiritual no religioso</i> <i>y todos los intermedios</i>	35
Seis caminos hacia Dios	36
Espiritual, pero no religioso	49
Hallar a Dios en todas las cosas	55
Poco a poco	56
3. ¿Qué quieres?	
<i>Deseo y vida espiritual</i>	61
¿Padre? ¿Padre? ¿Padre?	63
Experiencias del deseo de Dios	67
Dios te encuentra allí donde estés	83
4. Ayeres hermosos	
<i>Encontrar a Dios y dejar que Dios te encuentre</i>	89
El examen	90
Examen(es)	98
Me verás pasar	100
Ayeres hermosos	103

5. Empezar a orar

<i>Ya he encontrado a Dios... ¿Y ahora qué?</i>	105
¿Puedo pedir ayuda a Dios?	105
Hacer listas, broncearse y hallar a Dios	107
¿Qué es la oración, en definitiva?	112

6. La amistad con Dios

<i>La intuición del padre Barry</i>	117
Emplear tiempo	118
Aprender	118
Ser sincero	123
Escuchar	128
Escuchar atentamente	131
Cambiar	135
Guardar silencio	140
Los nuevos caminos que Dios tiene dispuestos	142

7. Dios te encuentra allí donde estés

<i>Tradiciones ignacianas de oración</i>	145
Dios me mira mí, y yo a Él	145
La contemplación ignaciana	147
La <i>lectio divina</i> y el segundo modo	156
La oración «centrante» y el tercer modo	163
El coloquio	168
Otras formas de oración	169

8. La vida sencilla

<i>La sorprendente libertad de la movilidad descendente</i>	175
¿Por qué?	176
Causa de un gran deleite	178
El joven rico	179
La escala	183
Sencillez sensata	186
De las riquezas a los honores y a la soberbia	189
¿Hablamos de la pobreza?	193
Gaudy, Agustino y Loyce	195
¿Movilidad descendente?	201
Pero ¿cómo hacerlo?	203

Pobreza de espíritu	204
Los tres grados de humildad	206
Dichosos los pobres de espíritu	208
¡Qué contraste...!	210
9. ¿Como los ángeles?	
<i>Castidad, celibato y amor</i>	213
¿Castidad? ¿Celibato?	215
Castidad amorosa	217
La castidad es cuestión de amor	220
¿Es posible?	223
¿Cómo puedo amar castamente?	226
10. Más en las obras que en las palabras	
<i>Amistad y amor</i>	231
«Suntne angeli?»	232
El Presupuesto	234
Ignacio y sus amigos	236
Amistad y libertad	242
Algunos obstáculos para una sana amistad	245
Un amor especial	247
Unión de los ánimos	249
Escuchar mucho	253
Humildad y amistad	256
Amistades sanas	259
Crecer en gratitud	261
11. Abandonarse al futuro	
<i>Obediencia, aceptación y sufrimiento</i>	265
La obediencia como escucha	266
Con tanto amor y caridad como sea posible	270
Dos historias acerca de la obediencia	272
La realidad de la situación	277
Abandonarse al futuro	281
Encontrar a Dios en medio del sufrimiento	283
Algunas perspectivas ignacianas sobre el sufrimiento	290
Jesús de Los Ángeles	295

12. ¿Qué debo hacer?	
<i>El modo ignaciano de tomar decisiones</i>	301
Indiferencia	302
Ignacio se corta el pelo	304
Los Tres Tiempos	309
La reglas del discernimiento	321
Decir <i>sí</i> a todo	331
13. ¡Sé quien eres!	
<i>Trabajo, cargo, carrera, vocación... y vida</i>	333
Llamados	334
Una espiritualidad del trabajo	341
Cómo poner lo mejor de ti a trabajar	356
¡Sé quien eres!	369
Maravillosamente hecho	370
Compara y desespera	372
Ser tú mismo	376
La muñeca de sal	378
14. ¡Contemplativos en la acción!	
<i>Nuestro modo de proceder</i>	381
Sí, vivo	382
El camino es nuestro hogar	385
Tomad, Señor, y recibid	386
<i>AGRADECIMIENTOS</i>	389
<i>BIBLIOGRAFÍA SELECTA</i>	391
Vida de san Ignacio de Loyola	391
Los Ejercicios Espirituales	392
Espiritualidad y oración ignacianas	392
Espiritualidad jesuítica	393
La historia de la Compañía de Jesús	394
Santos jesuitas y otras vidas	395
Novelas, poemas, películas, páginas web y otras fuentes ...	395
Dos temas teológicos	396
Más del propio autor	397

1

Un modo de proceder

[¿Qué es la espiritualidad ignaciana?]

¿Quién es san Ignacio de Loyola y por qué habría de interesarte?

La respuesta breve es que san Ignacio de Loyola fue un soldado del siglo XVI que se transformó en místico y fundó una orden religiosa católica, llamada «Compañía de Jesús», conocida también como «los jesuitas». Y a ti te importa (o, más cortésmente, te interesa saber acerca de él), porque su modo de vida ha ayudado a millones de personas a descubrir el gozo, la paz y la libertad y, no precisamente por casualidad, a experimentar a Dios en su vida cotidiana.

El «modo de proceder» de san Ignacio, por utilizar una de sus expresiones favoritas, ha llevado a la gente, durante más de cuatrocientos cincuenta años, a vivir una vida más satisfactoria. Lo cual, en definitiva, no es un mal resultado.

El modo de proceder de Ignacio consiste en encontrar la libertad; la libertad para ser la persona que estás llamado a ser, para amar y para aceptar el amor, para tomar buenas decisiones y para experimentar la belleza de la creación y el misterio del amor de Dios. Y se basa en un enfoque que se encuentra en sus propios escritos, así como en las tradiciones, prácticas y conocimientos transmitidos por los sacerdotes y los hermanos jesuitas de generación en generación.

Aunque estas tradiciones, prácticas y conocimientos espirituales han guiado a los miembros de la orden jesuítica desde su fundación en 1540, Ignacio quería que sus métodos estuvieran al alcance de todo el mundo, no solo de los jesuitas. Desde el primer día de existencia de su orden, Ignacio exhortó a los jesuitas a compartir esas ideas,

no solo con otros sacerdotes, religiosos y religiosas, sino también con los laicos, hombres y mujeres. La «espiritualidad ignaciana» está dirigida a la audiencia más amplia posible de creyentes y personas en proceso de búsqueda.

Puede que sea oportuno hacer otra pregunta antes de continuar: ¿qué es la «espiritualidad»?

Dicho brevemente, una espiritualidad es un modo de vivir en relación con Dios. Dentro de la tradición cristiana, todas las espiritualidades, sea cual sea su origen, tienen el mismo centro de atención: el deseo de unión con Dios, su insistencia en el amor y la caridad, y la fe en Jesús como Hijo de Dios.

Pero cada espiritualidad subraya diferentes aspectos de la tradición: una acentúa la vida contemplativa, otra la vida activa. Esta acentúa el gozo; esta otra, la libertad; aquella, la consciencia; aquella otra, el sacrificio; la de más allá, el servicio a los pobres... Todos estos énfasis son importantes en todas las espiritualidades cristianas, pero se subrayan de manera diferente en cada «escuela» espiritual.

Los jesuitas son prácticos

Los jesuitas siguen el ejemplo de Ignacio en cuanto a que su espiritualidad es práctica. Se cuenta que un franciscano, un dominico y un jesuita están diciendo misa juntos cuando, de repente, la iglesia se queda sin luz. El franciscano se congratula por tener la oportunidad de vivir más sencillamente. El dominico pronuncia una docta homilía acerca de cómo Dios trae la luz al mundo. Y el jesuita baja al sótano a arreglar los plomos.

En su libro *La espiritualidad de la Compañía de Jesús*, que yo leí durante mis primeras semanas como jesuita, Joseph de Guibert, un jesuita francés, presenta una interesante analogía elaborada en la Edad Media.

Una espiritualidad es como un puente. Todos los puentes hacen en realidad lo mismo: llevarte de un lugar a otro, a veces sobre terreno peligroso, o un río, o grandes alturas. Pero lo hacen de modos diferentes. Pueden estar hechos de cuerda, madera, ladrillo, piedra o

acero; y pueden tener arcos, pilares o ser puentes suspendidos. «Por ello –dice el padre de Guibert–, habrá una serie de tipos diferentes, cada uno de los cuales presenta ventajas y desventajas. Cada tipo es adaptable a determinados terrenos y contornos y no a otros; no obstante, cada uno logra a su modo el propósito común: proporcionar un acceso mediante una combinación equilibrada y orgánica de materiales y formas».

Cada espiritualidad te ofrece un «acceso» característico a Dios.

Muchas de las espiritualidades más conocidas en la tradición cristiana tienen su origen en órdenes religiosos: benedictinos, franciscanos, carmelitas, cistercienses...; cada orden ha desarrollado a lo largo de los siglos sus propias tradiciones espirituales, algunas procedentes directamente de su fundador, otras que han surgido meditando sobre la vida y las prácticas del fundador. Los miembros actuales de esos órdenes religiosos viven lo que el padre de Guibert llama una «tradición familiar».

Si se pasa un tiempo con los franciscanos, por ejemplo, se percibe enseguida su amor a los pobres y a la naturaleza, pasión compartida por su fundador, san Francisco de Asís. Si se vive unos días en una comunidad benedictina, se percibe pronto su gran espíritu acogedor, transmitido por san Benito, en absoluto sorprendente en alguien que decía: «Todos los huéspedes deben ser acogidos como Cristo». Las órdenes religiosas llaman a esto el «carisma», o espíritu fundacional, transmitido por el fundador. (*Carisma* procede de la palabra latina para «don»).

Análogamente, si se pasa un tiempo con un sacerdote o hermano jesuita, se comienza a experimentar la espiritualidad característica de san Ignacio de Loyola y de la orden jesuítica, que pronto describiremos. La suma total de las prácticas, métodos, énfasis, acentos y aspectos más destacables del modo de vida cristiano procedente de san Ignacio es conocida como «espiritualidad ignaciana».

Esa espiritualidad ha ayudado a la Compañía de Jesús a hacer algunas cosas notables en su variopinta historia. A mí me resulta imposible hablar de los logros jesuitas sin dar la impresión de ser demasiado orgulloso (algo de lo que se nos acusa continuamente), así que dejaré que lo haga el historiador inglés Jonathan Wright. Este breve texto procede de su maravilloso libro *God's Soldiers: Adventure, Politics, Intrigue, and Power—A History of the Jesuits*:

«Han sido cortesanos en París, Pekín y Praga, y han dicho a los reyes cuándo casarse y cuándo y cómo ir a la guerra; han servido como astrónomos a los emperadores chinos o como capellanes al ejército japonés que invadió Corea. Como cabía esperar, han dispensado sacramentos y homilias y han proporcionado educación a hombres tan variados como Voltaire, Castro, Hitchcock y Joyce. Pero también han sido propietarios de ganado ovino en Quito, hacendados en México, viticultores en Australia y propietarios de plantaciones en los Estados Unidos anteriores a la guerra de secesión. La Compañía ha florecido en el mundo de las letras, las artes, la música y la ciencia, teorizando acerca de la danza, la enfermedad y las leyes de la electricidad y la óptica. Jesuitas han afrontado los desafíos de Copérnico, Descartes y Newton, y treinta y cinco cráteres de la luna llevan el nombre de científicos jesuitas».

En los Estados Unidos, los jesuitas probablemente son mejor conocidos como educadores, y en la actualidad poseen veintiocho universidades (incluidas Georgetown, Fordham, Boston College y todos los «colleges» que llevan el nombre de Loyola), docenas de centros de enseñanza secundaria y, más recientemente, colegios en barrios marginales.

Dado que Ignacio quería que sus jesuitas fueran hombres prácticos que pudieran hablar a la gente con claridad, no es de extrañar que a lo largo de los años los jesuitas hayan resumido su espiritualidad en unas cuantas frases fáciles de recordar. Ninguna definición refleja por sí sola la riqueza de la tradición; pero, juntas todas ellas, estas frases proporcionan una introducción al modo de proceder de Ignacio. Por lo tanto, he aquí cuatro sencillos modos de entender la espiritualidad ignaciana. Pensemos en ellos como los arcos bajo ese puente del que hablábamos.

Cuatro modos

Solía decirse que la formación jesuítica estaba tan unificada que, si hacías a cinco jesuitas de diferentes lugares del mundo la misma pregunta, obtenías la misma respuesta de los cinco. En nuestros días, los jesuitas son más independientes, y probablemente obtendrías cinco

respuestas distintas... o seis... Los jesuitas italianos tienen un dicho: «*Tre gesuiti, quattro opinioni*», tres jesuitas, cuatro opiniones.

Pero hay una pregunta que produciría una respuesta similar de esos cinco hipotéticos jesuitas. Si se les pidiera que definieran la espiritualidad ignaciana, lo primero que saldría de sus labios sería muy probablemente: *encontrar a Dios en todas las cosas*.

Esta frase, engañosamente simple, fue en otro tiempo considerada revolucionaria. Significa que nada se considera al margen del alcance de la vida espiritual. La espiritualidad ignaciana no está confinada a los muros de la iglesia. No es una espiritualidad que considere que únicamente temas «religiosos», como la oración y los textos sagrados, forman parte de la vida espiritual de la persona.

Sobre todo, no es una espiritualidad que diga: «Bueno, *eso* —ya sea trabajo, dinero, sexualidad, depresión, enfermedad...— es algo que hay que evitar al hablar de la vida espiritual».

La espiritualidad ignaciana considera que *todo* es un elemento importante en tu vida. Lo cual incluye las ceremonias religiosas, la Sagrada Escritura, la oración y las obras de caridad, por supuesto, pero también incluye a los amigos, la familia, el trabajo, las relaciones, el sexo, el sufrimiento y el gozo, así como la naturaleza, la música y la cultura pop.

Contaré una historia para ilustrar lo que digo; procede de un sacerdote jesuita llamado David Donovan, que aparecerá frecuentemente en este libro. David fue sacerdote diocesano en Boston antes de ingresar en la Compañía de Jesús a los treinta y nueve años. Era un bostoniano orgulloso «por nacimiento y por elección», como le gustaba decir.

Una vez jesuita, David pasó décadas estudiando las tradiciones espirituales de Ignacio de Loyola, y durante muchos años fue responsable de la formación de los jóvenes jesuitas. Era un hombre bastante alto que lucía una barba blanca. David se formó también como director espiritual, es decir, como alguien que ayuda a otras personas en su vida de oración y de relación con Dios.

Nos conocimos el día en que yo ingresé en el noviciado de los jesuitas en Boston. Durante los dos años siguientes, David fue mi director espiritual y me guió por el camino hacia Dios, en conversaciones que solían abundar en risas y en lágrimas.

Debido a su amplia formación, David estaba siempre muy solicitado por casas de ejercicios, seminarios, parroquias y conventos de

todo el mundo. Después de trabajar en el noviciado jesuita, pasó cuatro años como director espiritual del prestigioso North American College, la residencia donde los sacerdotes diocesanos norteamericanos más prometedores vivían durante sus estudios de teología en Roma. Hace unos años, David murió súbitamente de un ataque al corazón, a los sesenta y cinco años de edad. A su muerte, la hermana de David estimaba que estaba viendo a unas sesenta personas de las que era director espiritual. Mucho de lo que yo aprendí sobre la oración se lo debo a él.

Una tarde estaba yo debatiéndome con la noticia de unos problemas familiares, pero evitaba sistemáticamente el tema, porque no tenía nada que ver con mi «vida espiritual». David estaba sentado en su mecedora tomando unos sorbos de su omnipresente taza de café y escuchando atentamente. Después de unos minutos, posó la taza y me dijo: «¿Hay algo que no me hayas contado?».

Tímidamente, le conté lo preocupado que estaba por mi familia. Pero ¿no debíamos hablar de cosas *espirituales*?

«Jim —me dijo—, *todo* forma parte de tu vida espiritual. No puedes poner parte de tu vida en una caja, meterla en una estantería y hacer como si no existiera. Tienes que abrir esa caja y confiar en que Dios te ayudará a examinar lo que hay dentro».

La imagen de David ha permanecido conmigo. En la espiritualidad ignaciana no hay nada que tengas que poner en una caja y ocultarlo. No hay que tener miedo a nada. No hay nada que ocultar. Todo puede abrirse ante Dios.

Por eso este libro se subtitula *Una guía ignaciana para (casi) todo*. No es una guía para comprenderlo todo acerca de todo (de ahí el *casi*), sino que es una guía para descubrir cómo puede encontrarse a Dios en todas las dimensiones de la vida; cómo puede encontrarse a Dios en todo; y también en todo el mundo.

He aquí el tipo de preguntas propias de la espiritualidad ignaciana y que veremos en los capítulos siguientes:

- ¿Cómo saber lo que debo hacer en la vida?
- ¿Cómo saber lo que debo ser?
- ¿Cómo tomar buenas decisiones?
- ¿Cómo vivir una vida sencilla?
- ¿Cómo ser un buen amigo?
- ¿Cómo afrontar el sufrimiento?

- ¿Cómo ser feliz?
- ¿Cómo encontrar a Dios?
- ¿Cómo orar?
- ¿Cómo amar?

Todas estas cosas son propias de la espiritualidad ignaciana, porque todas son propias del ser humano.

Después de «encontrar a Dios en todas las cosas», la segunda respuesta que probablemente obtendrías de esos cinco hipotéticos jesuitas es que la espiritualidad ignaciana consiste en ser *contemplativo en la acción*.

Con esta idea se identifica hoy mucha gente. ¿Cómo te gustaría que fuera una vida más contemplativa o, simplemente, más pacífica? ¿Te gustaría desconectar de las distracciones que suponen –y aquí que cada cual elija– el teléfono móvil, el fax, el correo electrónico, la mensajería instantánea, los iPods, iPhones y BlackBerrys... aunque no fuera más que por un rato? Aunque te gusten todos esos aparatos de moda, ¿no desearías un tiempo de descanso?

Pues bien, una de las intuiciones de la espiritualidad ignaciana es que, aunque la paz y el silencio son esenciales para alimentar nuestra vida espiritual, la mayoría de nosotros no vamos a dejar nuestro trabajo e irnos a un monasterio a pasar la vida en oración constante. Y, por cierto, incluso los monjes trabajan duro. (Algunos incluso tienen ya correo electrónico).

De modo que, aunque Ignacio aconsejaba siempre a los jesuitas que encontraran tiempo para orar, se esperaba de ellos que llevaran una vida activa. «El camino es nuestra casa», decía Jerónimo Nadal, uno de los primeros compañeros de Ignacio. Pero eran personas activas que adoptaban una postura contemplativa, o meditativa, hacia el mundo. Eran «contemplativos en la acción».

La mayoría de nosotros llevamos una vida atareada, con poco tiempo para la oración y la meditación. Pero haciéndonos conscientes del mundo que nos rodea –en medio de nuestra actividad– podemos permitir que una postura contemplativa informe nuestros actos. En lugar de ver la vida espiritual como algo que únicamente puede existir entre los muros de un monasterio, Ignacio te pide que veas el mundo como *tu* monasterio.

La tercera manera de entender el modo de proceder de Ignacio es una *espiritualidad encarnada*.

La teología cristiana sostiene que Dios se hizo humano, o se «encarnó», en la persona de Jesús de Nazaret. (La palabra *encarnación* procede de la raíz latina *caro*, «carne»). Más en general, una espiritualidad encarnada significa creer que a Dios puede encontrarse en los acontecimientos cotidianos de nuestra vida. Dios no se limita a estar *ahí fuera*. Dios también está justamente aquí. Si estás buscando a Dios, mira a tu alrededor. Hasta el momento, una de las mejores definiciones de la oración es la de Walter Burghardt, teólogo jesuita del siglo XX, que la calificaba de «mirada larga y amorosa a la realidad». La espiritualidad encarnada se refiere a la realidad.

En última instancia, no podemos conocer por completo a Dios, al menos en esta vida. San Agustín, el teólogo del siglo IV, decía que si puedes comprenderlo, entonces no puede ser Dios, porque Dios es incomprendible. Pero ello no significa que no podamos *empezar* a conocer a Dios. De manera que, aunque la espiritualidad ignaciana reconoce la trascendencia o alteridad de Dios, es también encarnada, por lo que reconoce la inmanencia, o cercanía, de Dios a nuestra vida.

Finalmente, la espiritualidad ignaciana consiste en *libertad y desapego*.

Ignacio era muy consciente de qué le impedía a él, y a otros, llevar una vida de libertad y gozo. Gran parte de su texto clásico, los *Ejercicios Espirituales*, escritos entre 1522 y 1548, estaba dirigido a ayudar a la gente a encontrar libertad para tomar buenas decisiones. El título original era: *Ejercicios espirituales para vencer a sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea*. La mayoría de los jesuitas lo llaman «los Ejercicios Espirituales» o, simplemente, «los Ejercicios».

Tan largo título encierra una serie de ideas importantes. Una de ellas está al final: «afección desordenada», que es su modo de describir lo que nos impide ser libres. Cuando Ignacio dice que debemos estar «desapegados», se refiere a no estar atados a cosas sin importancia.

Veamos un ejemplo rápido. ¿Qué sucede si tu preocupación dominante en la vida es hacer dinero? Pues que en ese caso podrías no estar dispuesto a dedicar tiempo a personas que no hagan avanzar tu carrera. Podría ser menos probable que te tomaras tiempo libre. Podrías incluso empezar a ver a los demás como herramientas —o, peor aún, obstáculos— en tu búsqueda de movilidad ascendente. Poco a poco, podrías empezar a verlo todo girando alrededor de tu trabajo, tu carrera y tu deseo de hacer dinero.

Ahora bien, el trabajo es parte de la vocación de todo el mundo en la vida. Pero si, con el tiempo, ves que estás sacrificando todo lo demás a ese único fin, podrías descubrir que el trabajo se ha convertido para ti en una especie de «dios».

Cuando la gente me pregunta si alguien puede infringir el primer mandamiento («No tendrás otros dioses fuera de mí»), suelo decir que, aunque pocas personas creen hoy en múltiples dioses, como en el pasado, son muchas las que creen en nuevos «dioses». Para algunas personas su «dios» es su carrera. O el dinero. O el *status*.

¿Qué diría san Ignacio acerca de esto?

Muy probablemente, frunciría el ceño y diría (en vasco, castellano o latín, por supuesto) que aunque debes ganarte la vida, tienes que procurar no permitir que tu carrera se convierta en una «afección desordenada» que te impida ser libre para conocer nueva gente, pasar tiempo con las personas a las que quieres y ver a la gente como fines, no como medios. Es una «afección», porque es algo que te atrae. Es «desordenada», porque no está ordenada hacia algo vivificante.

Ignacio te invitaría a avanzar hacia el «desapego». Una vez que lo hicieras, serías más libre y más feliz.

Por eso Ignacio aconsejaba a la gente que evitase las afecciones desordenadas, porque bloquean el camino hacia el desapego, hacia el aumento de libertad, el crecimiento como persona y la aproximación a Dios. Si esto suena sorprendentemente budista, es porque lo es: este objetivo concreto ha formado desde siempre parte de muchas tradiciones espirituales.

De manera que, si alguien te pide que definas la espiritualidad ignaciana en pocas palabras, podrías decir que consiste en:

1. Encontrar a Dios en todas las cosas.
2. Ser contemplativo en la acción.
3. Mirar el mundo de manera encarnada.
4. Buscar la libertad y el desapego.

Podrías decir cualquiera de estas cosas o todas ellas, y tendrías razón. En este libro hablaremos en profundidad de todas estas respuestas, y también veremos cómo cada una de ellas se relaciona con... todas las cosas.

Para comprender la visión ignaciana es útil conocer al hombre. Como todos los maestros espirituales, las experiencias de Ignacio influyeron en su cosmovisión y en sus prácticas espirituales. Además, la

historia de san Ignacio de Loyola es un buen recordatorio de que la vida de toda persona –ya sea un místico del siglo XVI o una persona actual en proceso de búsqueda– es fundamentalmente un peregrinaje del espíritu.

En primer lugar, proporcionaré al lector un breve esbozo de su vida. Después, a lo largo del libro, volveré sobre unos cuantos episodios para poner de relieve varios temas y perspectivas. Y el lector podría sorprenderse al descubrir que, como muchas personas actuales, Ignacio no fue siempre «religioso», ni siquiera, por emplear el término más popular, «espiritual».

Una (muy breve) vida de Ignacio de Loyola

Íñigo de Loyola nació en el País Vasco (norte de España) en 1491 y pasó gran parte de su juventud preparándose para ser cortesano y soldado. El joven vasco fue un tanto mujeriego y, según algunas fuentes, bastante pendenciero. La primera frase de su autobiografía nos dice que «fue hombre dado a las vanidades del mundo» que tenía fundamentalmente «un grande y vano deseo de ganar honra».

En otras palabras, era un presuntuoso interesado por el éxito mundano. «Tiene costumbre de ir por ahí en coraza y cota de malla –escribió un contemporáneo acerca del Ignacio de veinte años–, con el cabello por los hombros, un jubón bicolor acuchillado y un vistoso sombrero».

Como muchos santos, Íñigo (cambió su nombre al más latino de Ignacio más adelante) no siempre fue «santo». John W. Padberg, historiador jesuita, me contó hace poco que Ignacio puede haber sido el único santo con antecedentes penales por una pendencia nocturna con intención de causar serio daño.

Durante una batalla en Pamplona en 1512, una bala de cañón destrozó la pierna al ambicioso soldado, que necesitó varios meses de penosa recuperación. La operación inicial de la pierna fue una chapuza, e Íñigo, que quería que su pierna quedase bien con las calzas de moda en su época, se sometió a una serie de horripilantes operaciones, pero le quedaría una cojera para el resto de su vida.

Cuando estaba convaleciente en el castillo de su familia en Loyola, la mujer de su hermano le dio un libro sobre la vida de Jesús, y otro sobre la vida de los santos. Aquellos libros eran lo último que

Íñigo quería leer. El soldado en ciernes prefería las apasionantes novelas de caballería, en las que los caballeros hacían galantes hazañas para impresionar a las mujeres nobles. «mas en aquella casa no se halló ninguno de los que él solía leer», escribió en su *Autobiografía*. (En su autobiografía, dictada posteriormente a uno de sus amigos jesuitas, Ignacio, probablemente por modestia, se refiere a sí mismo como «él» o «el peregrino»).

Cuando hojeaba perezosamente las aparentemente aburridas vidas de los santos, sucedió algo sorprendente. Íñigo comenzó a preguntarse si él podría emularlos. Surgió en él un extraño deseo: ser como los santos y servir a Dios. Escribía: «Santo Domingo hizo esto; pues yo lo tengo de hacer. San Francisco hizo esto; pues yo lo tengo de hacer». En otras palabras, «*¡Yo podría hacerlo!*».

He aquí un hombre normal, sin demasiado interés anterior por la observancia religiosa, dando por hecho que él podría emular a dos de los grandes santos de la tradición cristiana.

¿Cambió Ignacio su ambición en la vida militar por su ambición en la vida espiritual? David, mi director espiritual en el noviciado jesuita, lo expresaba de distinta manera: Dios utilizó incluso el presuntuoso orgullo de Ignacio para bien. Porque no hay nada en una vida que no pueda ser transformado por el amor de Dios. Incluso aquellos aspectos de nosotros que consideramos sin valor o pecaminosos pueden volverse valiosos y santos. Como dice el proverbio, Dios escribe derecho con renglones torcidos.

Esto dio comienzo a la transformación de Íñigo. En lugar de querer apuntarse hazañas militares heroicas para impresionar a «una señora», como él mismo escribía, sentía un ardiente deseo de servir a Dios igual que había hecho sus nuevos héroes, los santos.

Hoy, en Loyola, el castillo familiar está a escasa distancia de la colosal iglesia que conmemora la conversión del santo. A pesar de los añadidos, el castillo tiene un aspecto muy similar al del siglo XVI, con sus muros defensivos de piedra de dos metros de espesor en los pisos inferiores y enladrillado rojo en los superiores, que servían de vivienda familiar.

En el cuarto piso se encuentra el dormitorio donde convaleció Ignacio. Es una habitación espaciosa con muros encalados y el techo sostenido por fuertes vigas de madera. Un polvoriento dosel de brocado está suspendido sobre la ubicación del lecho de Íñigo. Bajo el baldaquín hay una imagen de madera policromada del santo enca-

mado sosteniendo un libro con la mano izquierda y mirando hacia el cielo. En dorado sobre un soporte horizontal está escrita la frase: *Aquí se entregó a Dios Íñigo de Loyola.*

Después de recuperarse, Íñigo consideró las mociones espirituales que había recibido y, a pesar de las protestas de su familia, decidió abandonar su vida de soldado y entregarse enteramente a Dios. De manera que en 1522, a los treinta y un años de edad, fue en peregrinación a la abadía benedictina de Montserrat, España, donde, con un dramático gesto, fruto de sus amados libros de caballería, «despojándose de todos sus vestidos, los dio a un pobre». Después depositó su armadura y su espada ante una imagen de la Virgen María.

A continuación, pasó casi un año viviendo en una pequeña ciudad cercana llamada Manresa, embarcado en una serie de prácticas ascéticas: ayuno e interminables horas de oración, y dejó que el cabello y las uñas le crecieran, como modo de renunciar a su anterior deseo de tener buena apariencia. Fue un periodo oscuro de su vida, durante el cual experimentó una gran aridez espiritual y se preocupó obsesivamente por sus pecados e incluso estuvo tentado de cometer suicidio.

La dificultad de lo que se disponía a hacer —tratar de vivir como un santo— le hizo sentir la tentación de la desesperación. ¿Cómo podría cambiar su vida tan radicalmente? «¿Y cómo podrás tu sufrir esta vida setenta años que has de vivir?», parecía decirle una voz en su interior. Pero él rechazó esos pensamientos como no procedentes de Dios. Con la ayuda de Dios, decidió, *podría* cambiar. Por lo tanto, superó la desesperación.

Poco a poco, fue moderando sus prácticas extremas y recobrando su equilibrio interior. Posteriormente, en Manresa tuvo una serie de experiencias místicas en la oración que le convencieron de que era llamado a una relación más profunda con Dios.

Para Íñigo fue un tiempo de aprendizaje en la vida espiritual. Haciendo una conmovedora analogía, escribió: «le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño, enseñándole».

Un día, caminando a orillas del cercano río Cardoner en profunda oración, Íñigo experimentó una sensación mística de unión con Dios. El pasaje de su autobiografía que describe esta experiencia fundamental merece ser citado completo.

«Yendo así en sus devociones, se sentó un poco con la cara hacia el río, el cual iba hondo. Y estando allí sentado se le empezaron abrir los ojos del entendimiento; y no que viese al-

guna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales, como de cosas de la fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas.

Y no se puede declarar los particulares que entendió entonces, aunque fueron muchos, sino que recibió una grande claridad en el entendimiento; de manera que en todo el discurso de su vida, hasta pasados sesenta y dos años, coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto, como de aquella vez sola».

El tiempo que pasó en Manresa le formó de nuevo. También la ayudó a formar las ideas que un día recogería en los *Ejercicios Espirituales*. Empezó a «notar algunas cosas en su libro, que llevaba él muy guardado, y con que iba muy consolado».

Después de varios falsos comienzos, incluida una peregrinación a Tierra Santa (donde le resultó imposible recibir permiso oficial para trabajar), Íñigo decidió que podía servir mejor a la Iglesia recibiendo educación y siendo ordenado sacerdote. De manera que el orgulloso bravucón recommenzó su educación en dos universidades españolas, después de haber pasado sumisamente por el nivel inferior de clases para estudiar latín con muchachos que tenían dificultades de aprendizaje. Finalmente, fue a la Universidad de París, donde pidió limosna para poder sobrevivir.

Estando en París, reunió en torno a sí a varios nuevos amigos que se convertirían en los «compañeros» originales o primeros jesuitas. Entre ellos se incluyen hombres como Francisco Javier, que posteriormente sería un gran misionero. En 1534, Íñigo y los seis amigos hicieron juntos voto comunitario de pobreza y castidad.

Posteriormente, Ignacio (como se llamaba ahora a sí mismo, pensando erróneamente que Íñigo era una variante de este nombre latino) decidió que su pequeño grupo podría hacer mayor bien si recibían aprobación del papa. Mostrando ya su «desapego», harían lo que el papa considerara mejor, dado que, presumiblemente, él tenía más idea de dónde podían hacer mayor bien.

Finalmente, Ignacio y sus compañeros pidieron al papa la aprobación formal para crear una nueva orden religiosa, la *Compañía de Jesús*. Pasaron por tiempos difíciles antes de obtener la aprobación.

En 1526, cuando Ignacio estaba estudiando en la ciudad española de Alcalá, sus nuevas ideas sobre la oración suscitaron sospechas, y fue encarcelado por la Inquisición. «Diecisiete días estuvo en la prisión, sin que le examinasen ni él supiese la causa dello», escribió Ignacio.

La idea de ser «contemplativos en la acción» a muchos en el Vaticano les pareció herética. Algunos clérigos prominentes consideraban que los miembros de las órdenes religiosas debían estar enclaustrados tras los muros de un monasterio, como los cistercienses o los carmelitas, o al menos llevar una vida apartada de las «locuras del mundo», como los franciscanos. Que un miembro de una orden religiosa pudiera estar «en el mundo» sin reunirse para orar cada cierto número de horas, era chocante. Pero Ignacio permaneció firme: sus hombres iban a ser contemplativos *en la acción*, llevando a los demás a encontrar a Dios en todas las cosas.

Algunos encontraban arrogante hasta el nombre escogido. ¿Quiénes eran esos desconocidos para afirmar que eran la Compañía de Jesús? El nombre de «jesuitas» se les aplicó inicialmente de manera burlesca poco después de la fundación de la orden, pero después fue asumido como un honor. Hoy lo empleamos con orgullo. (Hay quien dice que con demasiado orgullo).

En 1537, Ignacio y algunos otros compañeros fueron ordenados sacerdotes. El ahora humilde Ignacio pospuso más de un año la celebración de su primera misa, para prepararse espiritualmente para tan destacado acontecimiento, y puede que con la esperanza de celebrarla en Belén. Cuando se vio que esto era imposible, dispuso celebrar la misa en Santa María la Mayor, en Roma, que se creía que conservaba el «auténtico pesebre» de Jesús.

Con el tiempo, Ignacio se ganó a sus críticos explicando cuidadosamente los propósitos de su grupo y también guiando a algunos de sus detractores por medio de los Ejercicios Espirituales. En 1540, la Compañía de Jesús fue aprobada oficialmente por el papa Pablo III. El propósito de los jesuitas era a la vez simple y ambicioso: no, como se pensaba habitualmente, «contrarrestar» la Reforma protestante, sino «ayudar a las almas». Esta es la frase que aparece más a menudo en los primeros documentos de la Compañía de Jesús.

Ignacio pasó el resto de su vida en Roma como superior de los jesuitas, escribiendo las *Constituciones*, enviando hombres a todos los rincones del globo, carteándose con las comunidades jesuitas, prosiguiendo su asesoramiento espiritual, creando el primer orfanato de

Roma, abriendo el Colegio Romano (un colegio para niños que pronto se convirtió en Universidad) e incluso fundando una casa para prostitutas reformadas, llamada «Casa Santa Marta». Ignacio prosiguió hasta su muerte su trabajo en las *Constituciones* y su dirección de la orden religiosa, que era cada vez más numerosa.

Al final, sus años de ascetismo le pasaron factura. El último año de su vida sufrió problemas de hígado, altas fiebres y agotamiento físico, además de los problemas estomacales que le habían atormentado toda su vida. Finalmente, se vio confinado a su habitación. En sus últimos días, el enfermero jesuita que estaba a cargo de los enfermos informó haber escuchado al «Padre Ignacio» suspirar durante su oración y decir suavemente «¡Ay, Dios!». Murió el 31 de julio de 1556.

Ignacio entre las estrellas

«[Ignacio] se subía a la azotea por la noche, de donde se descubría el cielo libremente; allí se ponía en pie, y sin moverse estaba un rato con los ojos fijos en el cielo; luego, hincado de rodillas, hacía una adoración a Dios; después se sentaba en un banquillo, y allí se estaba con la cabeza descubierta, derramando lágrimas hilo a hilo, con tanta suavidad y silencio, que no se le sentía ni sollozo, ni gemido, ni ruido, ni movimiento alguno del cuerpo».

– DIEGO LAÍNEZ, SJ, uno de los primeros jesuitas

Puede que hoy san Ignacio de Loyola no suscite el mismo cálido afecto que muchos otros santos como, por ejemplo, san Francisco de Asís o Teresa de Lisieux, la «Pequeña Flor». Y puede que esto se deba al austero tono de su Autobiografía. O puede que sea porque sus cartas se ocupan de materias prácticas, incluida la petición de dinero para los nuevos colegios jesuitas. O tal vez porque algunos retratos le muestran no como un joven alegre, sino como un serio administrador sentado a su escritorio, aunque el retrato de Pedro Pablo Rubens, actualmente en el museo Norton Simon de California, le representa mirando hacia el cielo, con vestiduras rojas de ricos brocados y con lágrimas de gozo deslizándose por su rostro. Rubens, que tuvo una intuición de Ignacio mejor que la mayor parte de los artistas, pertenecía a un grupo de laicos católicos organizado por los jesuitas.

Textos contemporáneos retratan a Ignacio como un hombre afectuoso, dado a la risa y frecuentemente movido a derramar lágrimas durante la misa o durante la oración. Sin embargo, algunos jesuitas actuales insisten en verle como un padre severo. Un anciano jesuita me dijo en cierta ocasión a propósito de la perspectiva del cielo: «No tengo problema con que Jesús me juzgue. ¡Es *Ignacio* el que me preocupa!».

Pero su habilidad para reunir a seguidores devotos muestra que debía de ser tremendamente cálido. Su profunda compasión también le permitió soportar a algunas personalidades difíciles en la Compañía de Jesús. Uno de sus contemporáneos escribió: «Es manso, amistoso y afable, así que habla con doctos e indoctos, con personas importantes y pequeñas, con todas del mismo modo; un hombre digno de todo elogio y reverencia».

«En todas las cosas, acciones y conversaciones contemplaba la presencia de Dios y experimentaba la realidad de las cosas espirituales, por lo que fue un contemplativo en la acción (algo que él solía expresar diciendo que hay que encontrar a Dios en todas las cosas)».

— JERÓNIMO NADAL, SJ, uno de los primeros jesuitas

El fundador de la compañía de Jesús era ambicioso, trabajador y práctico. «San Ignacio era un místico —escribió el filósofo norteamericano William James—, pero su misticismo hacía de él una de las personas más poderosamente prácticas que han existido jamás». En toda circunstancia luchaba por la Compañía de Jesús. Pero también era flexible. Gracias a sus prácticas espirituales, Ignacio gozó de una notable libertad interior: se consideraba «desapegado» incluso de la orden jesuítica. En cierta ocasión dijo que, si el papa ordenaba a los jesuitas que se disolviesen, él necesitaría tan solo quince minutos de oración para pacificarse y ponerse en camino.

Sin embargo, probablemente fue bueno que hubiera fallecido hacía ya tiempo en 1773, cuando la Santa Sede disolvió de hecho a los jesuitas. Un pot-pourri de poderes políticos europeos forzó al papa a suprimir la Orden, principalmente porque pensaban que su universalidad y su devoción al papado chocaban contra su soberanía. El pa-

pa Clemente XIV emitió formalmente un documento de «supresión» aboliendo la Compañía de Jesús. (La emperatriz Catalina la Grande, que no simpatizaba con Clemente, se negó a promulgar el decreto en Rusia, manteniendo así legalmente vivos a los jesuitas).

Después de cuatro décadas, los vientos políticos cambiaron, y los jesuitas, muchos de los cuales se habían mantenido en estrecho contacto en aquellos años, fueron oficialmente «restaurados» en 1814. No todo el mundo se sintió feliz con la restauración de la Compañía de Jesús. Dos años después, John Adams escribió temeroso a Thomas Jefferson: «No me gusta la reciente resurrección de los jesuitas: ¿no tendremos muchos de ellos aquí en tantas formas y disfraces como un rey de los gitanos adoptaría?».

Los Ejercicios Espirituales y las Constituciones

Mientras estaba ocupado escribiendo las *Constituciones*, Ignacio estaba también dando los toques finales a su texto clásico, los *Ejercicios Espirituales*, su manual para un periodo de meditación de cuatro semanas sobre la vida de Jesús, publicado por primera vez en 1548. Y para entender lo que sigue en este libro, el lector tiene que saber algo acerca de los *Ejercicios Espirituales*, el primer don de Ignacio al mundo. (En lo sucesivo, las referencias al texto de los *Ejercicios Espirituales* aparecerán en cursiva, y las referencias a la experiencia general de los mismos se dejarán en redonda).

Los Ejercicios Espirituales

Los Ejercicios están organizados en cuatro distintas secciones, que Ignacio llama «semanas». Una versión de los mismos exige que la persona se aparte de la vida cotidiana durante cuatro semanas de meditación, con cuatro o cinco periodos de oración diarios. Hoy esta versión se hace normalmente en una Casa de Ejercicios, donde el ejercitante es guiado por un director espiritual. Por lo tanto, los *Ejercicios Espirituales* se hacen normalmente en el transcurso de un mes. (A menudo oír al lector a los jesuitas referirse a los «Ejercicios de mes»).

Pero Ignacio quería que pudiera aprovecharse de los Ejercicios el mayor número de gente posible, de manera que incluyó en su texto varias notas, o anotaciones, para que hubiera flexibilidad. Al-

gunas personas pueden no estar preparadas para los Ejercicios completos —escribió Ignacio—, de manera que pueden hacerlos únicamente en parte. Otros pueden beneficiarse de que se les enseñen las *mociones* de los Ejercicios. En su décimo novena anotación sugiere que quienes se encuentren inmersos en «cosas públicas o negocios convenientes» pueden hacer los Ejercicios a lo largo de un periodo extenso mientras prosiguen con sus responsabilidades ordinarias. En lugar de orar durante un mes entero, pueden orar una hora al día y extender el retiro a lo largo de varios meses. Hoy esto se denomina «Ejercicios de la Décimo Novena Anotación» o «Ejercicios Espirituales en la Vida Diaria».

Como dice el eminente historiador jesuita John O'Malley en su estudio de los primeros años de la Compañía, *Los primeros jesuitas*, «la enseñanza más fundamental de Ignacio era que los individuos tienen que encontrar el sistema que les resulte más conveniente».

Los Ejercicios siguen un cuidadoso plan basado en el camino de progreso espiritual que Ignacio notó en sí mismo y, más tarde, en otros. La *Primera Semana* se centra en la gratitud por los dones de Dios en tu vida y, después, en tu pecaminosidad. A veces se revela un pecado profundo, como el egoísmo. Al final, normalmente te ves llevado a caer en la cuenta de que eres un pecador (o ser humano defectuoso) que, no obstante, es amado por Dios.

La *Segunda Semana* consiste en una serie de meditaciones tomadas directamente del Nuevo Testamento y centradas en el nacimiento, la juventud y el ministerio de Jesús de Nazaret. Aquí sigues a Jesús en su predicación, sus curaciones y milagros, que te ponen en contacto, de manera imaginativa, con Jesús en su ministerio público.

La *Tercera Semana* se centra en la Pasión: la entrada final de Jesús en Jerusalén, la Última Cena, su juicio, crucifixión, sufrimiento en la cruz y muerte.

La *Cuarta Semana* se basa en los relatos evangélicos de la Resurrección y, de nuevo, en el amor de Dios por ti.

A lo largo del camino, a la manera de jalones, Ignacio incluye meditaciones específicas sobre ideas como la humildad, la toma de decisiones y la elección entre el bien y el mal.

Algunas obras clásicas de espiritualidad están destinadas a ser leídas contemplativamente. Los Ejercicios Espirituales son diferentes. Están destinados a ser experimentados, no leídos. Francamente, leídos son más un tedioso manual de instrucciones que un conmovedor

tratado sobre la oración. Por ejemplo: «Después de la oración preparatoria y de los tres preámbulos, aprovecha el pasar de los cinco sentidos de la imaginación por la primera y segunda contemplación, de la manera siguiente». (Cabezada).

En cierto sentido, los Ejercicios son como una danza. Si el lector quiere aprender a danzar, no puede limitarse a leer un libro de danza; tiene que danzar. O al menos contar con alguien que le ayude a hacerlo. Lo que yo trataré de hacer en este libro es proporcionar algunas ideas de los Ejercicios, es decir, hablar al lector un poco acerca de qué sucede en esa danza. Y animarle a empezar a danzar por sí mismo.

Cuando los jesuitas piensan en los Ejercicios, suelen pensar en un estilo particular de oración que Ignacio recomienda a menudo: utilizar la imaginación como ayuda en la oración, como modo de representarse pasajes específicos de la Escritura. De manera que los Ejercicios no son únicamente un programa de oración; también encarnan un *modo* de orar. Y una cierta cosmovisión. (Más adelante nos extenderemos más acerca de todo esto).

En conjunto, los *Ejercicios Espirituales* son uno de los elementos principales para comprender el método de Ignacio: qué conduce a Dios, qué suscita mayor libertad y qué ayuda a vivir una vida plena de sentido.

Las Constituciones

Durante sus años en Roma, Ignacio pasó gran parte de su tiempo escribiendo las *Constituciones* de la Compañía, la serie de directrices que gobiernan la vida jesuítica —en las comunidades, en los variados trabajos que desempeñamos y en el modo de relacionarnos unos con otros— en casi todos los aspectos. Ignacio trabajó en las *Constituciones* hasta su muerte y, como en el caso de los Ejercicios, estuvo siempre retocándolas. Es otra fuente para comprender su espiritualidad característica.

Todas las órdenes religiosas tienen algo similar a las *Constituciones*. Normalmente se llama «regla», como la *Regla de san Benito*, que gobierna la vida de la orden benedictina. Toda regla es una ventana hacia la espiritualidad subyacente, o «carisma», de la orden religiosa. Se puede aprender mucho acerca de los benedictinos leyendo su *Regla*. Y se puede aprender mucho de la espiritualidad ignaciana leyendo

do las *Constituciones*. (Técnicamente, nuestra «regla» incluye también los documentos papales originarios de los papas Pablo III y Julio III estableciendo a los jesuitas).

Para los jesuitas, si los Ejercicios tratan de cómo vivir la vida, las *Constituciones* tratan de cómo vivir la vida con los demás. Los Ejercicios tratan de ti y de Dios; las *Constituciones*, al menos para los jesuitas, tratan de ti, de Dios y de tus hermanos jesuitas.

En las *Constituciones*, Ignacio volcó sus ideas respecto del modo de formar a los jesuitas, cómo deben vivir unos con otros, cómo deben trabajar juntos, qué trabajos deben emprender, cómo deben comportarse los superiores, cómo se debe cuidar a los enfermos y qué hombres deben ser admitidos en la orden; en suma, todas las facetas de la vida jesuítica en las que pudo pensar. Buscando guía, oraba fervientemente a propósito de cada aspecto antes de ponerlo por escrito.

En este proceso consultó el mejor método de actuación con algunos de sus primeros compañeros, por lo que las *Constituciones* son resultado de su propia experiencia y oración y del consejo de amigos de confianza. Por lo tanto, reflejan una espiritualidad eminentemente sensata. El jesuita belga André de Jaer dice que encarnan «un realismo espiritual, preocupado siempre por lo concreto y práctico».

He aquí un ejemplo de ese espíritu práctico: aunque las *Constituciones* establecen normas precisas para la vida en las comunidades jesuíticas, Ignacio reconocía la necesidad de flexibilidad. Después de una extensa descripción de lo que se requiere para la vida comunitaria, añadió una salvedad, porque sabía que las circunstancias imprevisibles requieren siempre flexibilidad: «Y si en algún particular conviniere estudiar también otras cosas —escribe a propósito de los jesuitas que estudian un curso académico particular—, quedará a la discreción del superior verlo y dispensar también para ello». La flexibilidad es un signo distintivo de este documento.

Gran parte de las *Constituciones* está dedicada al funcionamiento cotidiano de la orden, pero también se encuentran sugerencias a propósito de llevar un estilo de vida sencillo, tomar decisiones, trabajar con los demás en la consecución de un objetivo común y confiar en los amigos. De manera que es un gran recurso, no solo para los jesuitas, sino para todas las personas interesadas por el método ignaciano.

Cartas, actividades, santos, reglas vivientes y expertos

La *Autobiografía*, los *Ejercicios Espirituales* y las *Constituciones* son tres de las principales fuentes de la espiritualidad jesuítica, pero no las únicas. Otras fuentes pueden ayudarnos a comprender el método de Ignacio.

La primera es su vasta serie de *cartas*. A lo largo de su vida, Ignacio escribió la asombrosa cifra de 6.813 cartas a un amplio abanico de hombres y mujeres. Fue uno de los escritores de cartas más prolíficos de su época; escribió más que Martín Lutero y Juan Calvino juntos, y más que Erasmo, uno de los grandes escritores de cartas de su tiempo. Entre dirigir una nueva orden religiosa, abrir colegios a un ritmo impresionante, recibir a funcionarios vaticanos y embajadores europeos, pedir permisos a las autoridades eclesiales y estatales, orar y celebrar misa, así como cartearse con hombres y mujeres –sacerdotes jesuitas, religiosas, hombres y mujeres laicos, miembros de familias reales...– de todo el mundo, Ignacio debía de ser capaz de desempeñar múltiples tareas simultáneamente.

Y no se trataba de correos electrónicos escritos sobre la marcha, sino que algunas de sus cartas son obras maestras del género, pues combinan el estímulo, el consejo, las noticias y promesas sinceras de apoyo y cariño. Como muchas figuras públicas del siglo XVI, Ignacio consideraba un arte la escritura de cartas. Y como muchas figuras religiosas, lo veía como un ministerio. Aconsejaba a jesuitas en puestos oficiales, particularmente misioneros, que escribieran dos cartas a la vez: la primera proporcionando información para el consumo público, historias «edificantes» para los demás jesuitas y el resto de la gente. La segunda, conteniendo noticias más personales. A estas últimas se refería con la palabra española *hijuela*. Y en estas cartas se podía escribir rápidamente de la abundancia del corazón.

De este modo, Ignacio se mantenía en contacto con personas de todos los sectores sociales a lo largo y ancho de Europa (y más tarde con los misioneros de ultramar), considerando sus preguntas y problemas y respondiéndolos con cuidado. Sus cartas eran un modo de amar y servir a los demás. Y en ellas podemos también espigar algunos aspectos de su espiritualidad.

Otra fuente para comprender el método ignaciano son las *actividades* jesuíticas. En *Los primeros jesuitas*, John W. O'Malley, SJ, dice que para entender la espiritualidad ignaciana es importante no fijar-

se únicamente en lo que escribían los jesuitas, sino también en lo que *hacían*. «Esa fuente no es un documento —dice O'Malley—; es la historia social de la orden, en especial en sus primeros años».

¿Qué significa SJ?

Después del nombre de cada jesuita vienen las letras SJ. Abreviaturas de este tipo son un modo tradicional de identificar a los miembros de una orden religiosa. Los benedictinos utilizan OSB para la Orden de San Benito. Los franciscanos, OFM para la Orden de los Frailes Menores. Los jesuitas utilizamos SJ para la Compañía de Jesús, o Societas Jesu. Una designación alternativa procede de una mujer que escribió una carta un tanto airada a la revista *America* quejándose de algo que yo había escrito. «En su caso —decía— SJ obviamente significa *Stupid Jerk* [“estúpido asno”]».

Saber, por ejemplo, que los primeros jesuitas emprendieron tan gran variedad de empresas como colegios para niños y casas para prostitutas reformadas, al mismo tiempo que servían de consejeros a los papas y a los concilios ecuménicos, proporciona un sentido de apertura a nuevos ministerios de un modo distinto que la lectura de las *Constituciones*. Y leer acerca de su primera labor educativa subraya el énfasis que Ignacio puso en la razón, el aprendizaje y la cultura académica.

La historia de los *santos* jesuitas que siguieron a Ignacio es otra fuente para comprender este método. Aquellos hombres aplicaron sus propias iluminaciones al método ignaciano, tanto en lo cotidiano como en entornos extremos. Ya estuvieran trabajando entre los pueblos hurones e iroqueses en la «Nueva Francia» del siglo XVII, como san Isaac Jogues y san Juan de Brébeuf, o atendiendo secretamente a los ingleses católicos del siglo XVI durante la persecución de la corona, como san Edmundo Campion. O sobreviviendo en un campo de trabajo soviético en los años cuarenta, cincuenta y sesenta del pasado siglo, como Walter Ciszek. O trabajando junto a los pobres, como los jesuitas salvadoreños que fueron martirizados en los años ochenta del siglo XX. La vida de cada uno de estos santos subraya una faceta específica de la espiritualidad ignaciana.

Pero la santidad no se reduce al pasado. En las dos últimas décadas, yo he conocido a muchos jesuitas santos que me han entregado el don de su ejemplo.

En muchas órdenes religiosas, a los miembros cuya vida encarna los ideales de su orden se les llama «regla viviente». Si la comunidad llegara a perder su regla o constitución, no necesitaría más que fijarse en esos hombres o mujeres para tenerla de nuevo. Esas *reglas vivientes*, cuya historia relataré, son otra fuente de conocimiento de la espiritualidad ignaciana.

Finalmente, está la fuente constituida por los *expertos* que han hecho del estudio de la espiritualidad ignaciana la obra de su vida. Afortunadamente, no se limitan a ser sacerdotes o hermanos jesuitas. Religiosas, sacerdotes y hermanos católicos de otras órdenes religiosas, clérigos y laicos de otras confesiones cristianas, y hombres y mujeres de otras tradiciones religiosas, en un proceso que habría encantado a Ignacio —que daba la bienvenida a todos a su camino espiritual—, han abrazado el método de Ignacio. Y algunos se han convertido en agudos analistas de su espiritualidad.

El camino de Ignacio

El camino de Ignacio ha sido recorrido por cientos de miles de jesuitas a lo largo de los pasados 450 años, en todos los lugares del mundo y en casi cualquier situación concebible, muchas de ellas peligrosas.

Las ideas de Ignacio inspiraron al jesuita italiano Matteo Ricci a vivir y vestir como un mandarín, a fin de tener acceso a la corte imperial china en el siglo XVII. Animaron a Pierre Teilhard de Chardin, jesuita, paleontólogo y teólogo francés, a emprender en China unas revolucionarias excavaciones arqueológicas en los años veinte del pasado siglo. Impulsaron a John Corridan, científico social norteamericano, a trabajar por la reforma laboral en la Nueva York de los años cuarenta. (Su historia inspiró en parte la película *On the Waterfront*). Consolaron al jesuita alemán Alfred Delp cuando fue encarcelado y esperaba su ejecución por ayudar al movimiento de resistencia aliado contra los nazis. Confortaron a Dominic Tang, un jesuita que, comenzando a finales de los cincuenta, pasó veintidós años en una cárcel china por su lealtad a la Iglesia católica. Motivaron a Daniel Be-

rigan, activista norteamericano por la paz, en sus protestas de los años sesenta contra la guerra de Vietnam.

Y miles de jesuitas menos conocidos han encontrado en la espiritualidad ignaciana una guía para su vida cotidiana. El profesor de secundaria que lucha por conectar con los chicos de barrios marginales. El médico que trabaja en un remoto campo de refugiados. El capellán de hospital que habla con un paciente moribundo. El pastor que conforta a un fiel afligido. El capellán militar que acompaña a los soldados que tratan de encontrar sentido en medio de la violencia... Esta lista es más próxima a mí, porque he conocido a todos estos hombres.

Añadamos a la lista a los millones de hombres y mujeres laicos que han entrado en contacto con la espiritualidad ignaciana en colegios, parroquias o Casas de Ejercicios –maridos, mujeres, padres, madres, hombres y mujeres solteros, de todos los sectores sociales y de todo el mundo– que han encontrado un camino hacia la paz y el gozo, y al lector que comienza a atisbar el notable vigor de esta tradición antigua pero viva.

En suma, la espiritualidad ignaciana le ha funcionado a personas de una enorme variedad de épocas, lugares y circunstancias. Y me ha funcionado a mí. Me ha ayudado a pasar, de sentirme atrapado en la vida, a sentirme libre.

Este libro es una introducción al método de san Ignacio de Loyola, al menos tal como yo lo he conocido en mis veintidós años de jesuita. No está concebido como una obra excesivamente intelectual o académica, sino como una agradable introducción para el lector medio. Tampoco está concebido como algo exhaustivo. No pueden resumirse casi cinco siglos de espiritualidad en unas páginas, y cada uno de estos capítulos podría fácilmente generar cuatro o cinco libros. Por lo tanto, no tocaré todos los aspectos, por ejemplo, de los *Ejercicios Espirituales* o de las *Constituciones*, sino únicamente las áreas que considere de mayor interés y más útiles para el lector medio.

Pero la espiritualidad ignaciana es tan amplia que incluso una introducción tocará un gran espectro de temas: tomar buenas decisiones, encontrar un trabajo pleno de sentido, ser un buen amigo, vivir con sencillez, preguntarse por el sufrimiento, profundizar en la oración, esforzarse por ser mejor persona y aprender a amar.

El método de Ignacio supone que no hay nada en nuestra vida que no forme parte de nuestra vida espiritual. Por emplear la imagen

doméstica de David, todas esas «cajas» que el lector podría sentir la tentación de mantener cerradas –dificultades matrimoniales, problemas en el trabajo, una enfermedad grave, la ruptura de una relación, preocupaciones económicas...– pueden ser sacadas de la oscuridad de la caja y expuestas a la luz de Dios.

Veremos cómo encontrar a Dios en todas las cosas, y a todas las cosas en Dios, y trataremos de hacerlo con sentido del humor, elemento esencial en la vida espiritual. No hay necesidad de ser mortalmente serio en lo que respecta a la religión o la espiritualidad, porque la alegría, el humor y la risa son dones de Dios. De manera que no se sorprenda el lector por el humor ocasional, en especial a mi costa. (Tampoco se sorprenda por la ocasional broma jesuítica).

Y veremos también algunos modos claros y sencillos de incorporar la espiritualidad ignaciana a la vida cotidiana. La espiritualidad no debe ser compleja; por eso ofreceré unas prácticas sencillas y ejemplos de la vida real.

Otra digresión, final pero importante: no hay que ser católico, cristiano, religioso, ni siquiera espiritual, para beneficiarse de algunas de las ideas de san Ignacio de Loyola. Cuando describo a personas no creyentes las técnicas de Ignacio para tomar una buena decisión, por ejemplo, se sienten invariablemente encantadas con los resultados. Y cuando explico a ateos por qué tratamos de vivir con sencillez, reconocen el valor de la sabiduría de Ignacio.

Pero sería descabellado negar que para Ignacio «ser espiritual» y «ser religioso» era lo más importante del mundo. Igualmente descabellado sería separar a Dios o a Jesús de la espiritualidad ignaciana. Haría que los textos de Ignacio fueran absurdos. Dios estaba en el centro de la vida de Ignacio. El fundador de los jesuitas tendría mucho que decir –muy probablemente en una larga carta– a propósito de quien tratara de separar sus prácticas de su amor a Dios.

Pero Ignacio sabía que Dios se encuentra con las personas allí donde están. Todos estamos en puntos diferentes de nuestro camino hacia Dios. Y también en caminos diferentes. El propio Ignacio recorrió una ruta tortuosa y reconocía que la actividad de Dios no puede limitarse a las personas que se consideran «religiosas». Por lo tanto, la espiritualidad ignaciana abarca a todos, desde el creyente devoto hasta la persona inmersa en una búsqueda vacilante. Por emplear una de las expresiones favoritas de Ignacio, su camino es un «modo de proceder» en el camino hacia Dios.

De manera que yo haré todo lo posible por lograr que la espiritualidad ignaciana resulte comprensible, útil y utilizable por todo el mundo, prescindiendo de su lugar en la vida, pero también trataré de ser muy claro acerca de la centralidad de Dios en la cosmovisión ignaciana... y en la mía propia.

No se preocupe el lector si no se siente ni se ha sentido nunca cerca de Dios, ni si tiene dudas a propósito de la existencia de Dios, ni siquiera si está razonablemente seguro de que Dios no existe. Límitese a seguir leyendo.

Dios se ocupará del resto.